

OLGA VOTSI

**LA FUENTE
Y EL OJO**



Centro de Estudios Bizantinos,
Neogriegos y Chipriotas

OLGA VOTSI

LA FUENTE Y EL OJO

OLGA VOTSI

LA FUENTE Y EL OJO

Traducción de
José Ruiz

Hors-texte de
N.J. Ghika



Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas

Biblioteca de Autores Griegos Contemporáneos
Director de Serie: Moschos Morfakidis

DATOS DE PUBLICACIÓN

Autor: Olga Votsi

Traducción: José Ruiz

Nº en la serie: 9

pp.: 64

1. Literatura neogriega. 2. Poesía

© Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas
C/Gran Vía, nº 9-2ºA, 18001, Granada/ Fax: 958-220874
Maquetación y diseño: Jorge Lemus Pérez
ISBN: 978-84-95905-68-0

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la presente obra preceptiva autorización.

la rueda

Qué blandamente, como caricia, rueda del mundo, giras,
tan queda que al girar apenas mis oídos te oyen!
¡qué blandamente! Mas cuando más abajo la cabeza inclino,
la fuerza me arrebatada de tu gigante ala,
y el aire del abismo en que te hundes, helado me golpea.
¡Rueda del mundo, de luces y flores y de lágrimas trenzada!
Y uno a uno nos vamos súbitamente y no lo percibimos.
y te han amado con dolor innumerables generaciones de
hombres,
plácidos párpados con dolor innumerables generaciones
de hombres,
plácidos párpados que sobre ti se inclinaron a dormir,
miríadas de huellas de vida, de breves soplos de felicidad,
piedad que a tu secreto ritmo ha obedecido.
En este nudo en que a diario brota tu fuerza,
¡cuánto quiero, cuánto quiero inclinarme a llorar!
En este nudo... Mas plácida otra vez mi cabeza levanto,
porque a diario vences la muerte, porque con ansia nueva,
cada madrugada,
—y aún no ha terminado este juego— la muerte se des-
truye.

«Primera Raíz», 1962

los santos

I

Qué difícil el camino de los santos,
cuando pisan sus pies en la abrasada arena,
cuando el viento sus revueltos cabellos azota,
intentando roerles el rostro macilento!
Mas ellos, en soledad de corazón, con los ojos cerrados, ca-
minan.

Estos santos salidos de las fronteras, fuera del mundo,
¡cómo en las alas de la noche deberán llorar
por su herida, por la de los hombres que atrás dejaron,
cómo en el seno de la noche se unirán a llorar,
porque en ninguna parte hallarán al dios que buscan!

II

Todo al cabo cae, cae la noche, caen las voces,
y quedan silenciosos en sus celdas, los santos solitarios,
con el león a los pies, los libros en su retiro,
oyendo el ruido del mundo que los mantiene lejos
las voces admirables del mundo que por otra Voz dejaron.
Inclinan la cabeza amargamente en su pobre mesa y lloran,
por esta lejana música que por vez postrera en sus oídos
suena,
por este meteoro, lleno de luz y llama, que en sus manos
se apaga.

«Primera Raíz», 1962

vagabunda

Desde otros reinos siento aún tu poder.
Extiendes en el silencio tus cabellos y adonde están tus ca-
bellos me atraes.
Mudos en el día tus ojos me miran
y no tengo en la vida lugar donde esconderme.
Vienes a beber agua desde los confines de la tierra,
a tocar nuestros vestidos, a tocar nuestras voces las noches.
La noche entera a nuestro lado silenciosa velas
para acechar nuestras palabras, para beber nuestras mi-
radas.
La noche entera te quedas apoyada en el confín del mundo
con dolor viendo que despunte el alba para huir.
Desesperada tiendes las manos a la luz,
entre los reinos oscuros donde te perdiste buscando vivir,
llevando este hilo dorado de luz otra vez a tus ojos para
bebértelo,
para decir que un día pasaste como meteoro por este mun-
do de los vivos.

«El Gran Sonido», 1965

eterno retorno

Mis huesos se desgarran en secreto cada noche para acoger-
te,
me hago paso cada noche para que pase tu arrebatada ves-
te,
hasta el fondo de los secretos cada noche sola desciendo
todas las flores y hojas oscuras a coger para Ti.
Todo lo escucho, todo lo anhelo, a todo renuncio por Ti;
recibo de la vida la gloria tenebrosa,
preciado don, al borde de Tu camino inclinándome para
ofrecértela.
Y todo de las manos me lo tomas y aún nunca dijiste que no.
Y no me he roto todavía del peso de Tu tacto,
—Viento, Tú, que combates el fuerte soplo de la vida,
Cruel, Tú que quieres que ardan para Ti llamas en vez de
almas,
mística dicha sobre las grietas de la existencia,
gozo y dolor a la vez, que al cielo, que al abismo llevas.

«El Gran Sonido», 1965

migajas de amor

A una madre

Unas migajas de amor sólo le bastan,
migajas con que se sacian las palomas,
con que se sacia el corazón desnudo de las madres,

Sopla esta noche tan amargo el aire de la soledad,
más fuerte que la muerte, más cortante que la luz
que hundiéndose como faca en mis entrañas.

Y aquellas piedras en que me apoyé
por conocer la nueva boca de la noche,
para palpar los nuevos límites que trazó,
me hieren toda entera,
entran profundamente en mi cuerpo y me duelen.

Algo de amor que el corazón me endulce,
aunque tenga a las puertas del infierno que pedirlo
aunque tenga como un perro
que ladrar a las puertas de los hijos.

«Cripta y Frontera», 1970

virgen de pasión

Ojos que vieron, que conocieron!

De qué fosos enormes de terror
a tu persona el mundo fluye
y deja que sus aguas caigan
y que bajen por todas las quiebras,
para que te hayan abierto de parte a parte el alma
a fin de que recibas lo Nuevo.

Senderos del dolor
que de noche atravesaste sola.
Mar en cuyas rojas aguas te hundiste.
Rosa de la aflicción cuyas hojas deshojaste una a una
para que aprendan los ojos a ver,
a horadar el cuerpo de la vida,
y todo compasión
se desborden en su santo pañuelo.

«Cripta y Frontera», 1970

el rostro

Figura, oscuridad tirada a barrancos solitarios,
rostro dormido en la amenaza de la noche,
no vine a ti, no te toqué con la mano,
no te llamé con la voz
para que te levantas de tu arraigado sueño,
para ver yo si eres demonio o ángel.

Te dejé allí
con los cabellos flotantes yacer como un muerto.
Temí resucitarte,
relámpago temido de mi rostro,
para no ver qué fieras te habitaban.

Pero las noches me atraes a mis lágrimas,
a ti mi dedo extendiendo las noches,
para apoyarlo en tu negro pelo,
allí donde se han juntado
los vientos de los abismos a calentarse.

En mi sueño hacia ti la mano tiendo,
de tu oculta pasión salvaje a tomar fuerza,
de esa pasión tuya
que misteriosamente mantiene el armazón del mundo.

«Cripta y Frontera», 1970

deja que se caigan

Deja poco a poco que se caigan
las plumas, las ropas, los adornos,
el calor que acumulabas toda una vida,
el gran miedo
que elevaba murallas en torno a ti.

Entrega tu cuerpo desnudo
al ignorado viento,
que sopla de las invisibles encrucijadas del mundo
que sale de otras grutas musicales.

Hora es ya que te sacies de otro pan,
que en el puñal de tu desnudez sangres,
un juguete que sientas ser
en los grandes dedos invisibles
que juegan con nosotros sin apercibirnos.

Puertas deben de abrirse de noche con violencia,
desgarrarse cortinas de repente,
a fin de que veamos
en qué terrible abismo
estamos cual murciélagos colgados.

«Cripta y Frontera», 1970

la máscara

Esta máscara se adapta muy profundamente.
Está construida en el ángel,
en las azules palabras de la belleza.
Está hecha del color de la bondad.
Procura olvidar el duro granito,
la señal de su origen,
las algas enlodadas de donde surgió.

Esta máscara formada de cielo
intentas adaptar a tu rostro.
Mas la desgarran las oscuras aguas de tu corazón,
un cuchillo vulnera su hermosura,
corren las lágrimas por los huecos
que a los hombres querían contemplar.

Esto no es rostro.
Es un andrajo que en tus manos sostienes doliente.
Pero no cejes nunca en este movimiento,
de llevarte al rostro la máscara que elegiste.
Tal vez entre sus grietas,
tal vez entre la noche —la noche de tu alma—
unos lirios azules florezcan.

«Cripta y Frontera», 1970

salida

Deambular por las tinieblas del mundo.
Gritos de mi boca muda
que buscaban hace años encontrarte.
Ciegas manos que se herían contra los muros de la tierra.

Y de repente hendiste como una cuchilla
y por la tiniebla salí toda entera.
Mi voz. Y ahora a otras tinieblas me arrastras,
a llevar las pesadas leyes de los vivos
Y de los muertos.
Sabiduría me prometes que no te pedí.
Toda la existencia quieres que me cargue a cuestras.

Hasta hoy no has desconfiado de mí.
Y aquellas sangres
que incesantes fluían de mis manos eran por ti,
y aquel quejumbroso gemido en los bosques
y aquel dolor de la luz.
Y sangre siempre por ti.
A la llama voy a que me mueves,
en donde se derritan los metales.
A todos los abismos.

Por los abismos sólo pasan los vientos y Dios.

«Cripta y Frontera», 1970

los extraños

Qué de extraños han llenado esta noche tu corazón,
figuras informes que te dan terror,
algunos que años ha oías en los muros de tu sangre!
Enormes y sombríos te miran
para llenarte de dolor y llanto.

Déjalos así, con ojo despiadado mirándote,
a estos escondidos enemigos de tu corazón.
No puedes expulsarlos.
Están en tu carne enraizados,
nacieron contigo.
Los que tienen parentesco con el abismo,
los que acarrear sólo desesperación.

Déjalos que vean por un poco tiempo la luz.
Cual ágiles serpientes reptarán por los sótanos
para guardar la puerta de tiniebla y vela.
Di burlado que huyeron, que los has olvidado.
Pero ellos vivos
toda una vida respirarán contigo.

«Cripta y Frontera», 1970

la raíz del dolor

De la vertical caída
no me rompí del todo.
Me así a las rocas,
me agarré al matorral de los precipicios,
quedé clavada en alguna parte.

Pero el terror de mis nuevas entrañas
me escindió el corazón.

¡Qué de tinieblas,
cuántas nocturnas miradas llameantes,
cuántos dragones y bocas de pozos
me llamaban para tragarme!
Estocadas del demonio y del ángel.
Corrientes todopoderosas de embriaguez y miedo.

Por eso la raíz del dolor siempre rumío,
sentada en el confín de dos reinos,
entre tinieblas y luz,
a fin de no perder el recuerdo
rico, terrible, de mi origen.

«Pies desnudos», 1973

andrajos

Andrajos que recojo cual ladrona de noche
y de la matriz del abismo
los saco a la luz.

Para adornar mi cabeza,
contemplanlos horas y horas
y estática callar.
Y aún querer salir a respirar
de este amargo pozo adonde me arrastré
para sacarlos a luz.
Los sostengo en mis manos
y los contemplo al sol,
pero los abismos a los que descendí no olvido.

Andrajos de mi saber
hechos de llanto y muerte,
carne de mi carne,
máspreciados que las piedras que brillan
y que los diamantes.

«Pies desnudos», 1973

las minas

Temblaron las subterráneas galerías.

Se cogió a las paredes,
para no cegarse ante tal paraje.

Todo este abismo, suyo,
estas bóvedas,
las fosas, los hoyos,
las inmensas minas.

Tuvo miedo.
Tenía que caminar por estas rocas,
por estas negras piedras afiladas,
por las abiertas bocas de la tierra,
a fin de conocer su espacio paso a paso.

Cerró sus ojos al vértigo.
Dejaba poco a poco la corriente del abismo
horadar sus entrañas.
Erecto en la matriz de los sentimientos,
erecto en el primer calor del mundo.

Y una a una dejaba que las criaturas
fueran saliendo de su regazo.

«Pies desnudos», 1973

cuerdas de lo impenetrable

Cuerdas de lo impenetrable,
que el alma huella como un murciélago;
trenzas de sombra y llanto
con un nudo de luz en alguna parte,
que a ras de carne lleva
y como anguila gira, gira
para palpar sus duros límites,
que se extienden como agua
y buscan ahogarla.

Juego que aprendió
en la boca aquella del pozo
a subir, a bajar,
desde su fondo, cara a cara a mirar a Dios
y a escondidas reñirle por su crueldad.

Huellas de murciélago,
embriones de ángeles,
y dolor, dolor,
¿cómo puede a la vez soportarlos la criatura
y que no salte nunca a tierra su fruto, el llanto,
sino que se equilibre eternamente
el cuchillo y el ala?

«Pies desnudos», 1973

los lobos

Los aullidos de los lobos.
Detrás de los vallados acechan.
Toda la noche guardan el paso,
toda la noche callan y escuchan,
para lanzarse en un momento dado
a las fronteras de nuestra sangre.

Los lobos, esos ojos llameantes,
que han cercado nuestra existencia
para arrojarnos al piélago del mal.

Pero siempre una mano
como una voz desesperada
sobre las olas se alza
demandando socorro
palpitando en su ardiente anhelo.

Y los lobos detrás de los vallados se arrastran,
quedan luego inmóviles para escuchar,
prestos a cada instante
entre sus oscuros dientes a arrastrarnos.

«Pies desnudos», 1973

gusano de rosa

Prisionera en las flores y en los montes,
en la soledad de los aromas
y en el andar del alma,
examino el devanar de la vida.

Como una hoja tiemblan los mundos en mis párpados.
A cuchilladas hablan los silencios
desde las profundidades de lo invisible.

En las lágrimas y en los abismos
de mi voz asida,
emerjo entre los pliegues de la luz
y el oscuro color quiero borrar
para dejarlo todo a su encanto.

Pero de alguna parte sale ciego
aquel enorme gusano de la rosa,
si tienes ojos lo verás,
si tienes oídos, oirás su zumbido.

Ropa la vida de invisibles bandas de muerte
que aprietas sobre ti y te duelen,
amor de lágrimas y de estremecimiento.

«Pies desnudos», 1973

sólo una cruz

Las olas se despeñan en los abismos,
las voces de los gigantes se estremecen,
manos se tienden,
bocas se abren con dolor.

La mar se engulle terribles secretos.
Y entre tierra y cielo
cuerpos se hunden,
vidas se precipitan poderosas,
abrazos ricos de ensueños.
Tronos reales se derrumban.

Y encima de las aguas
sólo una cruz sobrenada,
la que aceptó
todo el dolor del martirio,
el secreto desgarró de los clavos.

«Pies desnudos», 1973

atraviesa este cuerpo

Atraviesa este cuerpo que sufre.
Lánzate con tu espada desnuda
a las negras abruptas barrancas,
si puedes ahuyentar las grandes aves de rapiña.

Los embriones,
los temibles hocicos de los lobos,
las alas desgarradas de los ángeles
levanta como harapos en la estocada.

Si puedes.

Y allí, a la entrada,
como a la entrada del Hades,
échate a llorar
por la luz que no entra,
por este ígneo río de las pasiones
que siete veces te dobla.

Las lágrimas arrastran a los monstruos.

«Pies desnudos», 1973

tienen sed de luz

Los ciegos ojos de la fiera tienen sed de luz,
de voces de piedad parejas a su raza.
Pisó por vez primera tales tártaros,
tales rampas y fosas de dolor.

Entre tanto dolor palpamos buscando las cuerdas,
llenos de sangre, de dolor y culpa,
para salir de las grutas.
Entre tanto dolor los ojos se nos entreabren
para tocar las fimbrias del amor.
Porque amor la creación nos pide.

Incrustados en el leño de nuestro cuerpo,
recibimos los curativos relámpagos,
los rayos de la iluminación,
y tenemos que crearnos de nuevo
nuestras manos por entero
para coger tal rosa.

Desgarrados animales
que suspiramos por un dios;
cisternas abismales y oscuras
que buscan aprisionar las estrellas
eternamente en su fondo.

«*Pies desnudos*», 1973

fuera brilla el alimento

Pertenece a los pájaros.
En este sutil ritmo de su voz,
cuerda colgante que nos hace señas
para que pisemos extáticos.

Pertenece al inmenso mundo,
a la luz, al aire sereno, al cielo.

Buscamos derramarnos fuera de nosotros,
cuando en nuestro interior todo vacila y se pierde
como cogidos del vestido de una madre,
débiles, ciegos y niños.

Fuera brilla el alimento,
transustancial y doliente,
pronto a lucir como una estrella
en el centro de nuestras entrañas,
y nuestra pobreza
aguarda como un perro arrebatarlo
para nutrir los laberintos del alma.

«*Pies desnudos*1973

las escalas

Igual que gigantes escaleras,
llenos de sangre y de lágrimas,
subimos hacia las palabras,
las sagradas, y grandes,
escondidas en el relámpago y el rayo,
cerca de ellas a juntar nuestras alas.

Callemos y temamos,
a fin de contemplar las latitudes abismales del alma.

Como un ensangrentado, un pacificado harapo,
parémonos a la entrada de los grandes portones,
una noche sólo, sin camino, sin sangre, sin lucha,
con el negro párpado solamente abierto,
que del rocío helado de estos lugares beba,
del dulzor de la noche
y del divino invisible céfiro,
bálsamo en nuestros débiles y pecadores párpados.

«Las Escalas», 1976

la fiera

En las redes de la soledad la fiera se estremece,
a veces hombre, mas no Dios.
En los ígneos ojos de su dolor
desgarra el cielo
por si acaso atrajera la salvadora lluvia,
caricia de la piedad.

Las fieras, los hombres,
los grandes desesperados del mundo,
no temen vestirse de la noche; en sus amargas, implacables profundidades dejan
que el árbol gigantesco de su alma crezca,
no se cansan una y otra vez de gritar,
a través de la zanja tenebrosa,
ahora a los hombres, ahora a Dios.

Y les corre la sangre de los pies,
gota a gota, por las secretas quiebras de las rocas,
al confiado sueño de los hombres.
Un tan inmenso y cruel océano de soledad, ¿cómo cabe
en una débil alma,
en un cuerpo decrepito
y lo golpea y lo golpea
y éste no cae,
sino que va ahuecándose para que quepa
el sagrado sentido del amor?

«*Las Escalas*», 1976

los ídolos celestes

Los ídolos celestes, como impacientes señales, golpean la
tierra.

Como lunas silentes se alzan ante ti.

En el deshabitado cielo de tu existencia,
respiran vivientes,
y basta con que alargues las manos para asirlos.
Que alces tan sólo los ojos a ellos
para que los grabes en tu secreto temblor.

Los ídolos celestes, como lunas rotas,
debajo de las lágrimas tiemblan
y del barro te piden los levantes,
que penetres descalzo en los profundos ríos,
que junto a las puertas estés acurrucado noches y noches
esperando.

El cielo no se regala,
Al cielo,
a las puertas del alma
van con las rodillas sangrientas.
Vena a vena, herida a herida,
el gran camino abren de la sangre,
por si acaso en sus manos el divino manto cayera.

«Las Escalas», 1976

la soledad

En las entrañas de la soledad,
odre que hasta estallar se hincha,
se acercan las almas.

Sobre sus precipicios horribles,
las aves de rapiña revolotean,
prontas a lanzarse sobre la carne solitaria
clavando garra y pico
en su inesperada presa.

En esa soledad del erebo,
lentamente los muertos su mano alzan
y aterrado el hombre
busca la compañía humana.

Sobre esta soledad de precipicios,
como columnas celestiales
y como espadas en entrañas humanas
se alzan las grandes voces,
y el sésimo profético
de la apoteosis del desierto nace.
Pero el pie maltratado del hombre vacila
buscando la salida de su vida,
herido e indiferente
si el ala de lo divino la frente le roza.

«Las Escalas», 1976

la varita mágica

Los cuerpos refulgentes
guiñapos que con fuerza arrebatan el viento,
helados sollozos
que permanecen rígidos
y a la gran puerta oscura no quieren avanzar.

La varita mágica de la vida,
que como incendio floreció por un día,
no quiere con los otros leños ser arrojada al fuego.

Y en los profundos valles
todavía el pájaro gorjea,
violento, arrebatado, glorificante,
en lo profundo del rocío y en los colores seductores.
Gorjea y llama a la resurrección
de aquellos que están prontos por los caminos de la vida
a correr,
de aquellos que yacen como bellas estatuas bajo las aguas
y la bellísima voz esperan oír
orden de la vida,
toque de diana,
para empuñar el viento y el sol
para ardorosamente desear la felicidad.
¡Qué resbaladizos y solitarios los caminos
en la parte trasera del mundo,
donde vacilan las sombras de los brillantes cuerpos,
el recuerdo del incendio,
el amor,
que sólo por un día flores y retoños debía dar!

«Las Escalas», 1976

la criatura desnuda

La criatura desnuda.
Ya no murmura el labio de la piedad.
Las grandes y todopoderosas manos la dejaron
caer fuera de la puerta del Paraíso.

La música de aquel prodigioso jardín
¿por qué a su piel la llevas como varita ardiente,
Tu música, que con dos manos desgarró
y sus oídos cerró para no oírla?

Avanza por el valle de los dolores,
éste, el hombre,
el rey de los suspiros.
¿Qué era la corona de espinas,
que como dios llevabas, frente a la suya?
En la boca de las fieras
no teme penetrar.
Todo entero está dentro.
De la tierra del dolor
¿qué trozo de felicidad lo salvaría?
No levanta los ojos al cielo.
Lo sabe, no apareces.

Pero en Tus secretas profundidades
ten piedad de la criatura,
que lleva la espina de la muerte,
ten piedad de la criatura
que en el lamento acurrucada
llora y florece.

«Las Escalas», 1976

las corrientes de las lágrimas

Rojos, plateados, dorados, brillantes,
cuelgan del techo, de las paredes del mundo
globos, falsas estrellas, millares de papeles relucientes,
las grandes palabras del hombre;
polvo de oro y bullicio de feria desenfadado,
llegan a la alta noche
y no parece que quieran calmarse.

Mas el verdadero espíritu del universo,
recio, austero,
pacientemente espera alzarse de las entrañas de la tierra,
para arrasarlo todo desde las raíces,
y limpiar este rostro maquillado,
para que corran por fin corrientes de lágrimas,
se hagan manifiestas las heridas,
y como rota estatua el hombre se incline
sobre su verdad a llorar.

«Las Escalas», 1976

los abismos

De la sombra de un pájaro el alma del hombre se ase
muchas veces para vivir.

¡En la senda del dolor,

la sombra de los pájaros qué cara!

Y aquellos inasequibles abrazos celestes,

que a la interminable soledad te llaman,

para que por entero te hundas,

paso a paso, roca a roca, para que los midas.

Y ábrense de repente los abismos del alma,

sumergidos en sombra y en silencio,

para recibir las alas preciosas,

surcos, que atraigan la luz celestial,

lechos amplios en que quepa la gran cosecha.

Y el cielo siempre compasivo —así dicen—

¿en aquella morada doliente

no caerá todo entero?

«Las Escalas», 1976

la eternidad

Déjate siempre los dedos abiertos
para que entre la eternidad cual polen de luz.
Sobre tus rígidas manos, como en duras rocas,
deja que los pájaros de oro picoteen,
que en tu cuerpo ignorado quieren pasear:

Tus pesados párpados eleva
a aquellas otras santas regiones;
te has hartado de llanto,
todo el dolor has recorrido.

Levántate a escrutar esos ignotos lugares
en que ya no existen dardos ni heridas;
corre aprisa al encuentro de las cristalinas fuentes,
de los inmensos bosques de compasión, secretos,
aunque fueran lanzados de la cúpula de tu alma,
aunque fueran lanzados de tu grito desesperado;
porque mucho lo deseaste
ser revestido de santas vestiduras,
porque mucho quisiste
que sólo la música de luz oyeran tus oídos.

«Las Escalas», 1976

bombeo

Recuerdo del pájaro, de la golondrina,
recuerdo del agua,
corona del Mundo con que de punta a punta nos coronabas,
cosas supraesenciales y sencillas,
que alguna vez tuvimos en las manos como guijas,
hasta aquí abajo aún, en este boquete de los encarcelados,
desde los confines de la Creación palpitáis como sutiles
temblores.

Hasta aquí abajo, donde pisa uno el cuerpo del otro —triste
masa,
para hundirnos cada vez más en la oscuridad,
la oscuridad que tanto hemos amado.

Siempre jugáis con la inmensidad,
siempre os saciáis del ansia de luz,
rumor del agua,
cola de la golondrina,
jovial relámpago.

Mantened cuanto aguante este cuerpo,
que no puede arrastrarse a vuestra felicidad,
encarcelado con los otros en los hondos hoyos húmedos;
no ceséis de cantar en nuestra ventana.
Ahora ya os sacaremos de vuestro pozo.
Nos zambulliremos en las brazas del recuerdo para sacar
las franjas doradas de la vida,
la red llena de cantos de pájaros,
la cosecha de la luz,
de que en la tierra, llenos de tierra, carecemos,

Olga Votsi

y la argentada espada entre tantos y tan ricos dones
hundir de repente en el corazón.

«Solanas», 1979

cielo nocturno

Saeta repentina,
asombro inesperado de tanto negro terciopelo y tanto oro,
vertical estupor que me clavaste
para que recibiera la nunca antes vista visión del cielo,
las inmensas silentes alas de ébano,
la omnipotencia del gran Silencio.

Sitio no encuentro
que pueda contener la herida del éxtasis.

Instante que me hendiste el alma
para que lo Inefable pasara,
como garra de ave de presa y como impetuoso relámpago,
para de arriba abajo abrirme dulcemente
y sin que huir pudiera,
sino que inmóvil permaneciera
con todas las sangres de la felicidad,
plácidamente fluyendo de mis heridas deseadas.

Solanas», 1979

estrellas fugaces

No dejes espacio para que pasen las estrellas fugaces,
las corrientes doradas, calladas, oceánicas,
las alas de la vida, los aleteos de lo Eterno,
que desgarran de pronto el cuerpo de la noche
y deslumbran los ojos con su oro,
dejando enmudecidos a cuantos vigilaban.

Esos vivientes rumores,
las fuertes corrientes interminables,
como inmensa cadena dorada de peces
que transportan el gozo,
que sólo una vez pasan y desaparecen.

Y tu alma que asíóse bajo las colosales Puertas del Paraíso,
cuando los seguía para entrar con ellos,
percibe aún dentro de sí aquel Algo,
firme e inolvidable,
recuerdo eterno de la alegría,
arco iris que sin cesar pretende
saltar a la séptuple felicidad.

«*Solanas*», 1979

recuerdo retenido

Cabalga entre las flores, ahógate por entero.
Tira a tira desgarras dulcemente lo verde, lo rojo sangre,
lo azul,
para llevártelos en tu delantal.

Unete a la secreta alegría de la naturaleza,
al rumor inmaterial del Mundo
que cae del ensueño y la leyenda
y en torno de tu sangre como aturdida abeja ronda.

Han extendido las alfombras
y el silencio precioso, lluvia inefable, se mece sin misterio,
para reflejar sólo los nidos del sol
y la inmensa tibieza de la tierra.

En este calor tibio párate muda,
para hacerte medida de la dicha
que el mundo envía a los hombres,
recuerdo retenido hondamente en la palma de la mano,
felicidad inmóvil, quieto silencio,
y todo el mar de aromas, de ultraterrenos sonos
que llame a tus puertas
y otro sol y otra luz y otra miel busque saciarte
y otro desgarrador, inefable puñal de felicidad.

«Solanas», 1979

pasto de fieras

Sobre las alas de las águilas me mareo.
Este relámpago que rasgó como una uña el cielo
y todo mi corazón,
y me mantuvo sobre el vientre del abismo,
¡qué invisibles copas de árboles me abre,
qué silencioso estremecimiento,
hasta el secreto nudo de mi existencia
donde el silencio y las lágrimas se enlazan!

Este cuerpo y estos huesos
los dejo para pasto del águila,
que con sus alas gigantes cada día me cubre
para que me traiga la corriente al rostro del Titánico,
los mares de las otras Potencias,
por las que yo a estas puertas aquí estoy,
harapos y cascarón del viento,
tomando de su lamento,
tomando de su rocío.

Solanas», 1979

línea excelsa

Tu deidad se graba como rueda en mi corazón.
Mis ojos necesitan tu inmenso Círculo mágico,
místico manjar, para salir de la cruel tiniebla,
curado de mis llagas.

Línea excelsa,
vengo una criatura, uno de los hombres,
y ante ti me paro a medir tus profundidades.
Tu silencio, lleno de azul riqueza,
puedo y descifro.

Abro mis dos manos
para que me penetren de tu esencia las salvadoras brisas,
que sólo la alegría y la luz conocen.

Pequeña e infiel criatura, yo
de tus divinas olas no quiero escaparme,
que dentro y fuera me inundan,
preciosa lección,
y la oración me enseñan
antes de que de nuevo ruede a las galerías del dolor,
antes de que me acose como a los primeros padres,
mi demonio, el ángel del Mal.
Enciérrame por un poco en tu celeste Círculo,
para que respire como hombre perfecto,
para que arranque de tus vendas azules, para envolverme,
que de tu Infinito azul
arranque, que arranque y siempre entero quede.

Olga Votsi

No eres un ensueño,
frente a mí siempre existes,
entrada a los mundos salvadores del silencio,
al descubrimiento del abismo
que ama al estrecho pasillo de mi corazón.

«Solanas», 1979

las cavidades

Ojos que con error contemplan el abismo,
que cuelga en su interior como negra cinta y como serpiente del saber.

Dentro de estas cavidades
sopla el oscuro aire de la vida,
lleno de los negros racimos, de las pesadas semillas del misterio.

Tus ojos dos gritos que recibieron las pérfidas cuchilladas
y aguantaron
para seguir avanzando,
allí donde se prueba la fuerza y el aguante del hombre
que como fresca almendra entre los dientes
hace añicos las duras piedras del destino.

Ojos magnéticos
que a todos atraéis a caer en vuestro hondo pozo,
a palpar las paredes del desesperado saber,
el vértigo del fulgor,
el fondo de la sabiduría que al sol busca subir a respirar.

«El otro Saber», 1981

las antenas del dolor

En la red de la muerte te balanceas
y los negros murciélagos, nubes y vorágines de agua, van
y vienen,
te marean los vientos ignotos,
los lugares por primera vez vistos,
los árboles que te arrebatan en su gigantesca fuerza.

¿Cómo el pie halló tal camino
para acercarse a las desconocidas zonas sin puertas
que están sólo habitadas por millares de espíritus,
por millares de alas,
por el alentar de los siglos,
y tu alma un blanco boquete en tanta tiniebla,
una gota invisible que se mece trémula
en un tan intemporal Escalofrío?
Vienen noches en que de repente tienes que caer
en aquellas trampas terribles,
hacer el viaje que lo engendra la desesperación y el terror,
—y cuando bajas rodando a los fondos abismales
tienes a tu ropa pegados millares de ojos,
millares de antenas de dolor,
para que veas hasta qué profundas tinieblas puedes
llegar, hasta adonde empiezan a caminar los muertos,
habiendo dejado tras ti para siempre las luminosas Ga-
laxias de la vida.

«El otro Saber», 1982

la medusa

El tiempo saca uno a uno los dientes
de la horrenda boca de la Medusa,
y ya no puede hacer daño.

Los lamentos salvajes de la noche,
los hinchados torrentes de la oscura pasión,
la vena insumisa del predominio se aplacan,
los hondos barrancos de la envidia
se convierten en valles suaves
para que paseen sin miedo los pájaros
y el sol caliente en invierno.

Los duros rostros,
los soberbios puentes,
se endulzan con el tiempo,
porque sin cesar junto a ellos resuena el revuelto torrente
que como basura todo lo arrastra en remolino.

Y luego esta súbita floración primaveral,
flor deslumbrante y nieve,
ciega la mirada
que se abaja sumisa
al fulgor de la vida,
a la vigorosa corriente,
a las huellas de la rueda,
que penetran pesadamente, para pasar más lejos.

«El otro Saber», 1982

el salto

Loca, ¿y cómo te lanzaste a vencer el viento,
rodilla con rodilla,
cómo fuiste a medirte con las tempestades del abismo
con una risa y un relámpago en la mirada?

Loca, ¿cómo del delantal arrojaste como granos a los pája-
ros la Gran Luz,
para que triturada cayera en el vacío como tus sollozos?

¿Es la inmensidad más cierta que nuestro mundo?

Estos únicos dones de la vida
¿cómo con una loca sonrisa los rechazaste
para abismarte en la alegría inexistente de las otras Fuerzas?

¿Cómo no descubriste la roca de la paciencia,
la piedra que bajo la mano todos llevan bien,
no sea que de pronto se la quiten las olas,
y ella obedece y no huye?

Loco salto divino en el seno del Hades
que sigan nuestros ojos su órbita
para llenarnos del gran valor de la débil criatura —
salto de la vida, de la muerte,
suprema libertad en la embriaguez del torbellino.

El otro Saber», 1982

el atrapado

El ángel caminaba como acosado por la tierra.
Las fimbrias de su veste se teñían con la oscura sangre
que corría por los bifurcados arroyos
a la gran mar del odio.

Vahos y exhalaciones subían de las sombrías cavernas de
la tierra,
de las abismales fosas,
para golpear en el pecho a los hombres
que, como ebrios, tropezaban
anhelando más sangre y más sangre,
y la voz del hermano se ahogaba en su horrenda risa,
el grito del infortunio
en la sorda caída de los nuevos cuerpos.

Y el ángel con las enormes pisadas sangrientas
señalaba los días terribles,
las noches de pesadilla,
donde sólo se oía el aullido del lobo;
caminaba, caminaba por la tierra
donde no quería hacerse día
para librarlo de la inmensa pena,
de las lágrimas pesadas como gotas de lluvia.

Atrapado aún no podía
de las sendas del Mal escapar a la luz,
y así esperaba el final de la Noche,
la gran Noche, en que habían sido enjaulados hombres y
animales
y los repletos de la esperanza, abatidos vallados.

todo alimenta al hombre

Todo alimenta al hombre,
el pan, el sol, la sonrisa de su vecino,
la sombra de la golondrina en la tierra primaveral,
los trozos pesados de silencio que lo clavan turbado a su
misterio.

Se sienta silencioso en la desnuda piedra de la tierra
y sorbe callado el calor del día,
y bendice, bendice
y se endulza quedamente su dolor
sacado de los húmedos subterráneos nocturnos,
grave e insoportable.

Pero estos estruendos del Mal en las subterráneas cavernas
lleno de turbación no puede evitarlos.
Los oye de noche a la cabecera de su cama
llenando sus oídos de pavor,
ruido terrible, ruido amenazador de las primeras fuentes.
Oye, oye en su protegida cama,
paralizado cierra sus oídos a sus fieros lamentos,
resiste, resiste,
y de repente abre la puerta como loco
para entregarse a las espumosas olas,
para lanzarse a la seducción del Mal,
a la mar de las lágrimas,
a la cruz de su destino.

«El otro Saber», 1982

los ensueños

De tiempo en tiempo en las silenciosas horas de la noche
se calman los aullidos del lobo,
y las corrientes de la bondad corren solas en el corazón,
porque nadie les puso impedimento.

En las horas cimeras de la medianoche
el hombre se ve a sí mismo en el otro,
lo envuelve en plateadas cintas de amor,
se expande todo hacia él liberadoramente,
cuando el cielo y las estrellas sólo cuelgan sobre él.

Mas cuando sopla la brisa de la aurora,
otra vez dentro de él resurgen los aullidos de la fiera,
todo de nuevo lo ve oscuro
y se alza a cazar como un chacal a su semejante,
a llenarse de carnes y de sangres,
a beberse el triunfo sobre el ruido estridente, sordo, de su
caverna.

Y cuando cae la noche,
sus manos ensangrentadas mira,
sus desgarradas ropas,
sus andrajosos zapatos,
se mira el corazón donde lugar para el sollozo no hay.
Acongojado se echa a dormir entre pesadillas pétreas
y se turba de tiempo en tiempo con los ligeros pasos de
remotos ensueños
que le dicen que todo de otro modo debió haber sido.

Orestes

Tropiezo en las alambradas de mi lamento.
Como un andrajo a ellas se cogen mi ropa, mi voz.
Todo destilo sudor y culpa.

Desde las entrañas del Hades me persiguen sus ojos,
que yo no quise,
que sobre mí querían echar raíces,
florecer como rosas.

La perra de la Furia me agarra por la ropa,
noche y día me roe el pie con rabia
para no dejarme dar siete vueltas a la tierra,
y correr, correr, correr,
para escapar de los lazos de mí mismo,
de sus ardientes ojos.

El Hades todo aullidos,
como miles de chillidos de perros recién nacidos, ciegos,
ha entrado en el camino que mi aliento sigue.
No puedo respirar la vida.

Blanco de sangres
me hundo en aquel magnético círculo
donde cuerpo a cuerpo,
voz a voz,
el tiránico amor de mi madre aguarda
enredarse sobre mí.

«El otro Saber», 1982

el ojo

Sangre y más sangre desde estas entrañas,
huellas de dedos ensangrentados en la piel y en nuestro
corazón.

Pero siempre este Ojo,
lenta y admirable luna,
de entre nuestras enlodadas órbitas
deseando elevarse,
desde nuestras lágrimas y los valles de la muerte.

Y ya sin él no podemos actuar.

De entre los matorrales y las temibles sombras
con gratitud alzamos la cabeza
y le invitamos y le invitamos
a que siempre brille en medio de nuestras entrañas
el manso, el bienhechor, el Ojo egregio,
que verticalmente nos atrae hacia el cielo,
espacio infinito en donde respirar
y depositar la sonrisa de nuestra libertad,
debajo de las ramas de los árboles,
para dormir de felicidad como niños.

«El otro Saber», 1982

vertical dolorosa

Plomada vertical
que entre todas las voces,
los vanos gritos,
que entre el dolor y el terror,
tratas de hallar tu inmovilidad,
el sabio equilibrio,
la inmutable postura,
para que todos los ruidos de los abismos como enjambre
se cojan fuertemente.

Campana pesada y enorme,
que sorbes para gustar más tus tañidos
vigorosos,
que van a desgarrar tu corazón,
que miel destilan para nutrirte.

Exaltación inmóvil
donde el oído rasga como un relámpago el caos,
todo abierto en la inmensidad íntima,
para cogerte con mil manos, con mil labios de oro.

Vertical dolorosa,
dolor de los abismos,
que buscas como el ciego su ventura,
una hoja cayó en este instante.
Los lagos se abren a una grave inmersión feliz.

«*El otro Saber*», 1982

todo altura

De los fondos de la noche, todo altura,
como escarpados precipicios ultraterrenos,
suben los flacos pies de las figuras ascéticas.

A sus cosas comunes
las manos macilentas intentan agarrarse,
y todos los velos de la melancolía destilan sobre el mundo.

Entera su estatura quiere ascender,
como ascensión última, como último incendio,
sobre el mundo que amaron mística, apasionadamente.

Los tallos que hacia arriba se alzaron se acercan al silencio,
donde se habían fundido como amor en su centro profundo.
Igual que el humo intentan trepar,
cogidos de la red de la muda obediencia,
los que otra cosa de la tierra no quieren,
pero que tenazmente con su mirada envuelven la rosa
que, embriagadora y virginal,
su belleza ante ellos despilfarra por los siglos.

«El otro Saber», 1982

mosaicos bizantinos

El Mundo debe hoy de oro vestirse,
para que por su turbador oro
y las puertas musicales del ensueño,
todo oro, el pájaro
con sus largas y vistosas alas pase.

Sólo para que se pare en el centro de nuestra mirada.
Sólo para que lo miremos.
Sólo para que nos llene de su hermosura.

Así lo quiere hoy la Gloria del Mundo,
que por un poco se manifiesta su gran instante,
sus ocultos indecibles pliegues,
para que mejor luzcan el cielo y las piedras,
los polícromos frutos de la tierra y las flores
y el pequeño corazón del hombre en el que cabe todo lo
horrible,
sólo descanse, sólo descanse en el gozo, en el amor.

Este fondo todo dorado de las paredes sacras
el dolor desterró de esta tierra
y todo brota de las entrañas de la leyenda y del ensueño
y todo glorifica,
y las fuentes, las piedrezuelas y las humildes flores del
campo
y las aves grandes y pequeñas,
como inefables símbolos levantadas.

Otra cosa el hombre no busca que esta sencilla plenitud,
este mar de palpable felicidad,
basta que pueda quedarse en medio de las cosas,
basta que sepa entibiar tantos dones en las palmas de sus
 manos,
basta que sepa salmodiar.

«El otro Saber», 1982

ángel bizantino

Espíritu del Mal no eres,
tal como te alzas cegadoramente bello,
en medio de lo Intemporal,
saltando los relámpagos,
igual que serpientes, igual que sacudidas del corazón,
desde los calcañares de los pies.

Tus ojos, nidos de luz ultraterrena,
puñaladas de encanto,
hablan de la perfecta criatura,
del ángel de la belleza
que nos corta el aliento.

El estro no llegó más alto.
Las esferas superiores del Mundo
no se extremaron nunca tanto
en crear tan excelsa belleza.

La imagen del hombre,
incendio silencioso del Bien,
floreció cual pimpollo
y en el aire azul de la vida
acuna su gracia
para mostrar los sobrehumanos ojos,
desde el fondo abismal de la pasión callada,
y en nosotros clavarlos,
pasmados del místico estupor.

«El otro Saber», 1982

índice

la rueda	7
los santos	8
vagabunda	9
eterno retorno	10
migajas de amor	11
virgen de pasión	12
el rostro	13
deja que se caigan	14
la máscara	15
salida	16
los extraños	17
la raíz del dolor	18
andrajos	19
las minas	20
cuerdas de lo impenetrable	21
los lobos	22
gusano de rosa	23
sólo una cruz	24
atraviesa este cuerpo	25
tienen sed de luz	26
fuera brilla el alimento	27
las escalas	28
la fiera	29
los ídolos celestes	30
la soledad	31
la varita mágica	32
la criatura desnuda	33
las corrientes de las lágrimas	34
los abismos	35

la eternidad	36
bombeo	37
cielo nocturno	39
estrellas fugaces	40
recuerdo retenido	41
pasto de fieras	42
línea excelsa	43
las cavidades	45
las antenas del dolor	46
la medusa	47
el salto	48
el atrapado	49
todo alimenta al hombre	50
los ensueños	51
Orestes	52
el ojo	53
vertical dolorosa	54
todo altura	55
mosaicos bizantinos	56
ángel bizantino	58

